



**Tres
reyes jóvenes**

No dude en compartir el enlace de este libro electrónico con sus amigos. Se puede publicar o compartir el enlace o hacer una impresión parcial o completa del texto, no obstante, favor de no hacer modificación alguna o publicar u ofrecer copias del libro electrónico para descarga en sitios aparte de la lista abajo o por otro servicio de descargas. Si desea obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o publicación, favor de atender las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia:
“Copyright 2011 por The Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Traducción de Stan Ehrlich, 2003.

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Rifton, NY 12471 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK

Copyright © 2011 Plough Publishing House
Rifton, NY 12471 USA

Tres reyes jóvenes

George Sumner Albee

La ciudad de Cárdenas, situada a unas cien millas al este de la Habana en la costa norte de Cuba, es una ciudad viejita, arraigada en sus costumbres, recién abriéndose a nuevos modales. Hoy día una balsa trae de Cayo Hueso su carga de turistas norteamericanos tres veces por semana a Cárdenas, y estos Americanos, con caras tan blancas que parecen haber estado enfermos, impresionan a los vecinos como seres extraños y extraordinarios. Los chicos los persiguen por la misma vereda, y en cuanto empiezan a hablar, se corren a su frente para observar como sus labios van formando estas misteriosas e incomprensibles palabras extranjeras.

Las niñas por su lado cubren sus bocas con las manos y se ríen tontamente, viendo que las señoras americanas muchas veces llevan sombreros, cuando es cosa sabida que sólo hombres usan sombreros. Pero las madres de las niñas les chillan y se las llevan para adentro, porque los Americanos traen plata a Cárdenas, y hay que tratarlos con la cortesía que se debe a la plata.

Pero este cuento trata de algo que pasó en Cárdenas en los días en que no hubo ni balsa ni turistas. En aquel entonces los jóvenes mozos se pasaban el día sentados en mecedoras de acero bajo las espléndidas palmeras del parque, hablando animadamente del día en el cual tendrían empleo, ganarían platales y comprarían veloces automóviles.

Los tenderos abrían sus tiendas a las diez de la mañana, iban yendo a casa al mediodía para un buen almuerzo de arroz y frijoles, una siesta de dos horas, y volvieron a sus tiendas para jugar un partido de dominó hasta la hora de la cena, después de tanto subir sus precios, que ningún posible cliente los habría interrumpido.

h o m e f o r c h r i s t m a s

vido. Las mujeres mientras tanto trapeaban sus pisos de baldosas blancas, cocinaban, chismeaban, y a la tardecita echaban el cerrojo de sus mazisas puertas. En cuanto a los niños, siempre que tenían padres que pudiesen pagar las clases, iban a la escuela. Los muchachos, de camisa blanca y corbata de tal pálido azul como él de la misma Virgen, iban a la Escuela Pía. Las niñas con azules delantales y polleras con bordados blancos iban a la Escuela de las Madres Escolapias.

Con lo cual estamos por atender a los tres muchachos de la Escuela Pía: Eduardo, Ramoncito y Lázaro.

Eduardo tenía dieciseis años, mientras a Ramoncito y a Lázaro les faltaban unos pocos meses. Eran los de más edad en el colegio, y los más grandes. El hecho es que Eduardo era un gigante en Cuba, donde los caballos tienen el tamaño de grandes perros y los perros no son mucho más grandes que conejos; su apodo era Elefante. Ñato y de cara chata tenía un cráneo medio cuadrado, cubierto con un pelo negro y lustroso que más parecía laca por causa del diario uso de la brillantina que le aplicaba. Ramoncito era buen mozo, cubierta la cabeza de densos rulitos y con ojos verde mar protegidos por pestañas de media pulgada. El más petizo era Lázaro, pero con todo el de más peso. Tan gordo era que reventaba su ropa dos y tres veces al día, arancando los botones de sus camisas y deshaciendo las costuras de sus pantalones, cuando no soltaba las hebillas que sujetaban sus bombachas a sus rodillas. Lázaro despachó tres comidas diarias, compró alfajoras camino a la escuela y pasteles de dulce de coco volviendo a casa, mientras usaba los recreos para comer caramelos. El apodo de Ramoncito era Mono, y el de Lázaro Macarón.

El mero hecho de ser los estudiantes de más edad les valió unas cuantas responsabilidades a Eduardo, Ramoncito y Lázaro. Siempre cuando los cuarenta y siete muchachos de la escuela

se subían al autobús para ir al picnic anual en San Miguel de los Baños, eran Eduardo, Ramoncito y Lázaro los que sirvieron de monitores – referíes en los partidos de pelota, árbitros en las peleas, y cuidando de que en general se mantengan decoro y apariencias. Además, cuando la Navidad, les incumbía a ellos hacer las partes de los Reyes Magos porque eran ellos los de mayor edad.

En Cuba el aniversario del nacimiento de Jesús es día de ir a la iglesia, no de hacer regalos. Los regalos se hacen más adelante, el seis de enero, y no los entrega San Nicolás, sino los Tres Reyes, que fueron los que le trajeron regalos al Niño Jesús recién nacido en el pesebre de Belén. Por eso, cuando el dos de enero, Padre Miguel llamó a Eduardo, Ramoncito y Lázaro a su oficina.

“Siéntense”, les ordenó.

Padre Miguel, que tenía ochenta y dos años de edad, era tan frágil, que su sotana de blanco lino las más veces parecía desocupada. Lo que de él todavía residía en esta tierra era muy poco. Tenía una cabeza muy pequeña y poéticamente modelada, y tenía voz, pero esto parecía serlo todo. Después de tantos años ya fuera de su país, conservaba el ceceo de su tierra natal, las sierras de Asturias – y ese ceceo también era un leve y melodioso susurro parecido al que en una tarde calurosa hace una pequeña pero enérgica mosca volando en un aula de escuela.

“Niños”, dijo, porque tan viejito era que no distinguía ya la diferencia entre seis y dieciseis años de edad, “yo hice esto muchas veces, pero es cosa nueva para vosotros, así que tengo que explicarles como proceden los Tres Reyes. Todos los regalos que sus respectivas familias han destinado a vuestros compañeros de clase están en el cuarto del conserje en el piso de arriba. Allí también estan los regalos para las niñas; las Madres Escolapias me los mandaron con la Superiora. El día cinco quiero que estén aquí al atardecer para cargar las mulas, ensillar los caballos y dis-

h o m e f o r c h r i s t m a s

frazaros a vosotros mismos con caftanes y turbanes. La ropa les quedará bien, como siempre. Saben montar?”

“Si, Padre”, murmuraron los muchachos. Todos los muchachos cubanos saben montar, sin silla ni bridas, con nada más que una sogá atada alrededor del hocico del caballo.

“Bueno, ya irán bien montados. Don Alfredo de la Torre manda a tres yeguas de su estancia, con sillas mejicanas adornadas con platería, y tres albardas para las mulas. Saldrán al anochecer. Les llevará como tres horas más o menos el entregar de los regalos; hecho esto volverán por aquí, devolverán los animales al capataz de Don Alfredo y dejarán sus ropas. Estamos?”

“Estamos, Padre” contestó Eduardo cuando ni Ramoncito ni Lázaro abrieron la boca. No le gustaba ser el líder. El hecho es que hasta le molestaba. Pero siempre le tocaba a él.

“Ahora váyanse a casa”, concluyó el anciano cura, y no le digan a nadie que ustedes son los Tres Reyes. No quisieramos apesumbrar los corazones de los chiquitos”.

En el curso de los dos días siguientes, mientras discutían acerca de los papeles que iban a desempeñar, Ramoncito iba amargándose algo por causa de aquellos “chiquitos”. “¿Qué nos importa si se dan cuenta de que los Reyes no son auténticos?” fue exclamando medio resentido, “Nosotros bien nos dimos cuenta cuando chicos.”

“No hay que hablar así”, contestó bruscamante Eduardo con su profunda voz. “Antes de que nos enteráramos de que los Reyes no existían, creíamos que eran sendas maravillas. Casi nos enloquecimos esperando que llegaren a nuestras casas y pegaran las albardas. ¿No es así?”

El gordito Lázaro no ofreció juicio, ni en un sentido ni en otro. Más bien, trazó un mapa de las calles y proyectó la ruta que iban a tomar de manera tal, que pudieren visitar a todas las casas en su lista con un mínimo de ir y venir. Lázaro era la eficacia en

dos patas. Cuando no, era perezoso. A no ser que eficacia y pereza sean meramente dos nombres por una misma cosa.

La escuela quedó desierta durante las vacaciones, y el patio, un rectángulo de tierra rojiza cubierto de hojas secas, les parecía extraño a los muchachos cuando se reunieron allí en la tarde del día cinco de enero. En la cancha de baloncesto se habían instalado cangrejos de tierra con toda comodidad.

Habían cargado a las cuatro mulas una por una, Eduardo, ya que era el más fuerte, cargando los juguetes más pesados, como tricicletas y mini-automóviles, mientras Lázaro arreglaba paquetes y cajas de acuerdo a su mapa, y Ramoncito, apasionado pescador y maestro en atar nudos llenaba las amplias bolsas que iban a servir de alforjas y las ataba a las albardas de caoba. Las mulas, que eran más inteligentes que los caballos, comprendieron de inmediato que se les invitaba a una especie de juego. Se comportaron sin morder ni rechinar. Ya cargadas las mulas, los muchachos ensillaron las tres espléndidas y pequeñas yeguas, que a un americano le habrían impresionado como recién bajadas de un carrusel. Luego los muchachos vistieron sus disfraces.

La escuela había tenido estos vestidos por tanto tiempo, que nadie ya recordaba quien los había hecho – posiblemente la madre de algún alumno. Quienquiera habría sido, había usado el mismo rico género que habría usado para hacer un rico bordado para el altar de la iglesia. El vestido de Eduardo consistía de satén turquesa, sujetado con una cintura de oro, mientras en la cabeza llevaba un turbante de muchos colores. El vestido de Lázaro estaba hecho de brocado plateado, y su turbante de púrpuro terciopelo. Ramoncito llevó un manto de seda azul, con ornamentos bordados, y un turbante color vino. Calzaron sus zapatos acostumbrados, ya que los estribos mejicanos los escondían mientras cabalgaban, y los largos vestidos harían otro

h o m e f o r c h r i s t m a s

tanto cuando desmontaban y entraban en las casas. Finalmente, pegaron sus largas barbas blancas con una goma líquida, y con un lapiz adecuado pintaron en sus jóvenes y morenas caras las arrugas de la vejez.

Los caballos aprestados, las mulas esperando alienadas ya en fila, los muchachos observaron el sol poniéndose en el oeste detrás de las palmeras. Enorme durazno iluminado, se puso despachando una rociada de rayos dorados a través de las acumuladas nubes. Cuando ya oculto debajo del horizonte, se llenó el cielo de deslumbrantes rayos verdes, para anochecer de golpe. El ocaso había sido un espectáculo brillante, una mecedonia de brillantes frutas, pero los muchachos lo habían visto cada noche de su vida, y estaban convencidos que la puesta del sol era así en todos los países. Para ellos no significaba más de que había llegado la hora de empezar.

“Súbanse”, ordenó Eduardo, y se subieron a las altas y ornamentadas sillas. La primera mula rebuznó alegremente presintiendo la aventura, y al trote se fueron.

“A lo alto de la calle de la Princesa”, dirigió Lázaro. “Los Montoros viven al número diecisiete”.

“Ya lo creo”, contestó Ramoncito, cuya secreta intención era de casarse algún día con Gladys, la segunda hija de los Montoros.

Las casas de Cárdenas, al igual que las casas de la mayoría de las ciudades latinas, son invisibles. Es decir, que desde la calle no se ve nada de ellas sino el muro del frente, juntándose con los muros frontales de las casas linderas, cubiertos todos con el mismo revoque dorado. Detrás del muro, corriendo desde la entrada hasta el fondo, queda el espacio dividido en dos largas franjas paralelas. Una de ellas, que no tiene techo, es un jardín con pasillos de baldosa y una fuente en su medio, macetas de piedra, limas y mangos, algún papayo, y un surtido de muebles de jardín. Allí es que vive la familia durante trescientos días del año. La otra

franja , cubierta con tejas coloradas , abriga la convencional sala con su araña de cristal, sus pesados muebles de coaba; los dormitorios, cada uno con su propia puerta dando sobre el jardín; el comedor, con otra araña y una gran heladera importada de los Estados Unidos plantada en un rincón; y la cocina, en donde se prepara la comida encima de cuadrados braseros de hierro fundido, encima de ardiente y oloroso carbón. Detrás de la cocina viven los sirvientes con todos sus familiares que sucedieron en convencerlos de su mala suerte.

Pero he aquí algo acerca de las casas de Cárdenas que es más extraño aún, y es que que el hombre más rico en la cuadra puede estar viviendo al lado del más pobre. Hay vecindarios ricos y hay vecindarios pobres, pero muchas veces puede ser que un banquero viva en un vecindario pobre, y un vendedor de camarones en un vecindario rico. Así fue que cuando los muchachos se desmontaron frente a la casa de los Montorro, no podían evitar que se les presentasen a la vista los nueve hijos descalzos del zapatero Emilio, sin otra ropa que sus desgarradas camisas, mirándolos con ojos esperanzados mientras desataron las alforjas conteniendo los regalos para los niños Montoro. Eduardo, cuya voz era ya más profunda que la de muchos varones de más edad , estaba golpeando la puerta de entrada con su llamador de bronce mientras bramaba: “¿Es aquí que viven los buenos niños de los Señores Montoro?”

El señor Montoro abrió la puerta de entrada de par en par, muy elegante luciendo su saco de lino blanco bien almidonado. “Si, señor, tenemos en esta casa a unos buenos niños”, respondió. “Permítanme, Caballeros, preguntar ¿quienes son ustedes?”

“Somos los tres Reyes del Oriente”, bramó Eduardo.

“Entre, pues. Esta casa es su casa.”

Parloteando excitadamente, los niños Montoro aceptaron sus presentes marcados con sus nombres a medida que Eduardo y

h o m e f o r c h r i s t m a s

Ramoncito los sacaban de las bolsa de tela azul. Las despedidas fueron apuradas, con los Reyes explicando que todavía tenían que viajar lejos antes de amanecer, mientras montaron sus cabalgaduras y se fueron.

“Los niños del zapatero están llorando todos”, dijo Lázaro cuya voz cubría el ruido de los cascos. “Los oigo. Pensaban que íbamos a dejar algo para ellos cuando salimos de los Montoro.”

“Tal vez Jaime Montoro les dará su coche de ferrocarril despues de destruirlo”, dijo Ramoncito. “Apuesto a que ya no tendrá ni rueda cuando mañana al mediodía.”

En el domicilio de los Cabrera en la calle Caracol entregaron una muñeca francesa de cincuenta dolares a Miriam Cabrera, junto con una docena de otros paquetes. Volviendo a montarse, entraron en la calle Anglona. A esta hora ya había oscurecido, y la única luz en la calle emanaba de las bombillas sin pantalla instaladas en los cruces. Al andar se dieron cuenta de la gente, adultos y niños, que los observaban desde las veredas. Todo el mundo estaba paseando gozando de la fresca brisa que soplaba de la bahía.

De vez en cuando alguien exclamó: “Miren, los Tres Reyes”, y cada vez la voz era animada y respetuosa al mismo tiempo. Parecía misteriosa la noche. Lo sintieron las mulas, apuntando sus orejas, y los caballos, oyendo los murmullos de admiración, sacudieron sus crines y levantaron sus patas delanteras más alto de lo que hacía falta, mandándose la parte. Un grupo de hombres reunidos alrededor del carrito de un tamalero llamaron y agitaron las manos en amistosos gestos. Uno de ellos, un charcarero vistiendo altas botas de cuero y con un machete atado del cinturón, salió a la calzada y trató de dar de comer su tamale al caballo de Eduardo.

En la calle de San Juan de Dios se asustaron los caballos cu-

ando el manisero se puso a cantar “¡Maní calentitos, calentitos los maní!”, y otra vez sintieron los muchachos que se les observaba desde por debajo de las susurrantes palmeras. Bien clarito distinguieron la voz de una chiquilina que con tono temblorosa le preguntaba: “Mamá, vendrán también a lo de nosotros”? Y oyeron la respuesta paciente y desesperada de la madre que dijo: “Quién sabe, alma de mi alma? Pero si no vienen esta noche, seguro que vendrán el año que viene”.

Yendo a la cabeza de la fila, Eduardo, dueño de un vocabulario que no tenía la aprobación del Padre Miguel, murmuraba una palabra particularmente mala.

“Ahora está que llora”, exclamó Lorenzo, “porque hemos dejado atrás a su casa”.

“Si a ti te parece que eso está mal”, dijo Ramoncito, espera que lleguemos al mercado. “¡Mi hermano Pepe me contó que cuando era Rey él, tuvo que andar por cuatro cuadras de chiquitos mendiguitos llorando a gritos!”

“Los pobres están siempre con nosotros”, contestó Eduardo asperamente. “Así dice Jesús en la Biblia.”

“Él quiere decir que están siempre con nosotros, para que hagamos algo al respecto, Elefante”, dijo Lázaro. “¡Esto es lo que quiere decir!”

“¿Y qué quieres?” contestó Eduardo gritando. “¿Acaso es culpa mía que haya familias que no se ganan la vida? Fue muy mala la cosecha de caña este año.”

Era cosa sabida que había que apaciguar bien pronto el enojo de Eduardo. “No, querido Elefante, no es culpa tuya,” dijo Ramoncito. “No estamos diciendo que eres culpable.”

“En tal caso, ¡cállense la boca, los dos!”

“Igual pienso”, dijo Lorenzo con esta voccecita tan dulce y clarita que todavía se le permitía cantar en el coro a pesar de sus quince años, “es una pena llevarles regalos a los niños ricos

h o m e f o r c h r i s t m a s

como nosotros cuando son los pobres los que los necesitan”.

“Igual que yo. Mi papá me da una bicicleta”, añadió Ramoncito. “¿Para qué quiero unos dominos y unas estúpidas barajas que dicen que sirven para enseñarme ortografía?”

“Padre Miguel nos dijo qué es lo que debemos hacer”, dijo Eduardo, “y esto es lo que haremos”.

Pero no habían caminado unos cien metros que un muchachito de siete u ocho años, en una camisita hecha de tela de bolsa, blanqueada con clorín en ocasión de la fiesta, salió medio histérico a la calle gritando: “¡O Reyes, Reyes! ¡Es aquí que vivimos, Señores, al número 22!”

Eduardo frenó tan bruscamente su montura que le hirió su delicada boca. Inclínándose desde su silla, le gritó con una voz que asustó al chico fuera de su quicio: “¿Cómo te llamas? ¿Hay luz en tu casa, para que veamos? Pues, llévanos allí. Y tú, Mono, ¡torna pa’trás y trae a esa chiquilina que estaba llorando!”

En la casa de una pieza al número 22, en donde toda la familia dormía en un piso de arcilla, y en donde la única luz provenía de una vela metida en una taza a los pies de la Virgen, dejaron media docena de paquetes – con Eduardo frunciendo el ceño, Ramoncito medio asustado pero decidido, y Lázaro tratando de controlar la risa que siempre se le vino en mal momento. Les avergonzaba tan terriblemente la gratitud del chico y de la chica, que se fueron de inmediato, cerrando de golpe la puerta al salir. Se reunieron alrededor de los caballos.

“Bueno, de todo modo estos dos dejarán de aullar durante la noche. ¿Y ahora qué? Ustedes saben que deberíamos obedecer al padre.”

“Tú eres el jefe”, contestó Ramoncito, encogiéndose de los hombros “tu eres el que manda”.

“No soy el jefe”, gritó Eduardo. “Siempre me ponen de jefe a mí, y soy yo él que queda embromado. ¿Se dan cuenta ustedes del

escándalo que se va a armar si nosotros nos bajamos al mercado y les damos todas esas chucherías a los mendiguitos?”

“Claro que habrá escándalo”, contestó Ramoncito. “Eso no se ha hecho nunca.”

“Ahora, que digamos, nos hemos metido en camisas de once varas”, protestó Eduardo. “Estamos en un brete”. Y volviéndose hacia Lázaro: “¿Qué dices tu, Macarón?”

Cuando un hispano no sabe qué decir, contesta con un dicho. “Lo que no mata engorda”, contestó Lázaro. El dicho no cabía exactamente en esta situación, pero sirvió igual.

“Bueno pues”, dijo Eduardo, “Pero ustedes dos están metidos en esta conmigo. ¡No se olviden!”

“Por Elefante que eres, está que hablas mucho”, dijo Ramoncito.

Con dramático gesto agarró Lázaro el mapa y lo tiró a la alcantarilla. Dieron vuelta a sus cabalgaduras, y volvieron al mercado. En la calle Coronel Verdugo, que olía a cabezas de pescado y repollos podridos, pararon. Alguien había hecho pedazos el alumbrado tirándole un repollo o una piedra, pero suficiente luz se deslizaba de las estrellas para poder ver. Estaban los astros colgadas por encima de los techos como tantos ornamentos verdes y colorados de árbol de Navidad, colgados del cielo por sendos alambres. Eduardo se había parado en los estribos. “Oíganme”, gritaba, “¿Es esta la ciudad de Cárdenas, en Cuba?” Aquello sí que era un detalle bien imaginado. “¿Habrá en esta calle unos infantes que se comportaron bien durante el año? Si los hay, ¡que vengan todos al mercado!”

El mercado, un labirinto de arqueadas de piedra, estaba brillante con luces. Carniceros y vendedores de verdura se juntaron riendo y curiosos alrededor de los Tres Reyes que entraron arrastrando sus voluminosas alforjas. Mientras el gentío se formó en círculo, niños sucios y descalzos, con el cabello deshecho y

h o m e f o r c h r i s t m a s

narices sin limpiar, se metieron empujando y contoneándose, y a las patadas cuando hacía falta para llegar al centro. Sin miramientos Eduardo, Ramoncito y Lázaro rompieron los papeles y las cintas de seda, para ver qué eran los regalos, y los entregaron. Disputas se abrieron en la muchedumbre, pero no entre los niños. Cogieron sus muñecas y sus cajas de colores, sus carros de bomberos y sus patinetes, y dispararon dando gritos, llevando la más grande noticia de su vida a sus hermanos y hermanas, y a sus amigos más merecedores.

A los veinte minutos estaban vacías las alforjas. Ni bombón quedaba. Hasta la blanca barba de Ramoncito ya no estaba, porque se había caído al suelo, y algún chiquito la agarró creyendo que era un juguete. Bañados en sudor, y roncós como cuervos, los tres muchachos se abrieron camino a través de un gentío chachareando, perplejo y admirador que llenaba las veredas por una cuadra entera, hasta que pudieron montar otra vez y volver a la escuela a la luz de la luna casi puesta. La luna no consiguió crear nada tan espectacular como lo hizo el sol, pero se esmeró igual. Transformó las masas de nubes encima del mar en macizos de blancas camelias, cada uno envuelto en brillante lámina de aluminio.

Dicen los científicos que no hay cosa más veloz que la luz. No es verdad, porque en una ciudad pequeña buenas noticias, malas noticias, cualquier clase de noticias son más rápidas. Cuando los muchachos habían ya colgado sus vestimentas y devuelto los animales al capataz de Don Alfredo, furiosos y gesticulantes parientes estaban ya arengando a los padres de los muchachos. Y por la mañana siguiente el enojo había culminado en la demanda de que los tres muchachos fueran expulsados de la escuela.

Este movimiento estaba encabezado por Triunfo Anilina, quien había amasado una fortuna considerable vendiendo me-

dicinas a un precio mucho mayor de lo que valían a gente demasiado enferma para discutir precios.

El farmacista mandó notas por mensajeros a las casas de todos los padres de los muchachos que iban al colegio para que se reunan allí a las cuatro de la tarde, y voten sobre la propuesta.

A las cuatro de la tarde los indignados padres estuvieron en la escuela – no dos horas tarde, ni siquiera una hora tarde, según la costumbre, pero a las cuatro en punto. Gordos padres con cigarros, gordas madres con pequeños exquisitos pies metidos en calzados de taco alto, siguieron a Triunfo Anilina para entrar en el alta y fresca aula en donde se enseñaba matemática. Allí se comprimieron dentro de los asientos de los angostos escritorios de los estudiantes, mientras el gordo y arrogante farmacista se apoderó del escritorio del profesor de matemáticas en el estrado. En cuanto a los muchachos, Eduardo, Ramoncito y Lázaro, sin que nadie se les hubiera pedido, se alinearon de espalda al pizarrón. En sus propias mentes se sintieron culpables, convictos y preparados para enfrentar al pelotón de fusilamiento.

“Aquí estamos”, empezó Triunfo Anilina con brevedad, “¡Empecemos!”

Y presentó un cuento detallado del crimen que se había cometido, usando cantidad de largas e impresionantes palabras aprendidas de su hermano que era abogado. Le llevó media hora.

Acto seguido hablaron los padres de los inculcados en su defensa. El padre de Eduardo ofreció pagar en compensación de todos los regalos, el padre de Ramoncito aduciendo que muchachos siempre seguirán siendo muchachos, mientras el padre de Lázaro se ofreció para tirar por la ventana a Triunfo y todos los otros miembros varones de la familia Anilina, a quienes calificaba de cucarachas.

Pero Triunfo silenció a la defensa a puros gritos, golpeando su escritorio a puñetazos y volcando el tintero.

h o m e f o r c h r i s t m a s

“Los ladrones tienen que ser castigados” vociferó.

“En tal caso”, dijo el apuesto padre de Eduardo, otra vez de pie, “la verdad es que nada lo satisfará a usted – ni honradas disculpas, ni compensación, ni nada. Lo que usted quiere es venganza”.

“¡Sí señor, venganza!” eyaculó Triunfo Anilina, su saco de lino empapado con sudor. “¡Qué escándalo! Esta es la primera vez en la historia de nuestro colegio que haya pasado tal cosa.

“Ajá, Anilina”, surgió una melodiosa voz desde el fondo de la pieza, “tiene usted mucha razón”.

Todas las cabezas se dieron vuelta cuando Padre Miguel en su larga sotana color sebo, se acercó pausadamente por el pasillo, parando cada tanto para recobrar aliento. Padres y madres todos lo habían olvidado.

Triunfo Anilina se levantó medio torpe: “Tome mi asiento, Padre”, dijo.

“No es su asiento”, contestó Padre Miguel. Parado en el estrado, apoyándose con una reseca mano en el borde del púlpito, con la blanca luz de las ventanas reflejada en su calvo cráneo, enfrentó a los padres. “Queridos amigos”, susurró, “Así es. Durante unos cincuenta años he mandado a los tres muchachos de más edad de esta escuela a la ciudad en vísperas del día de los Tres Reyes. Y siempre han distribuido los regalos de la manera que les dije, porque eran buenos chicos. Hasta anoche, nunca me desobedecieron”.

Detrás del escritorio sacudió Triunfo Anilinas violentamente su cabeza en signo de aprobación.

“Pero estos tres muchachos también son buenos muchachos, ya que todos los muchachos son muchachos buenos”, siguió Padre Miguel, “de manera que, haciéndoles justicia, hace falta que examinemos muy cuidadosamente sus errores. Debemos preguntarnos qué es exactamente lo que quisieron hacer. Se apoder-

aron de ricos regalos, fruto de la abundancia de nuestra querida isla, y los llevaron a las criaturitas que duermen en catres cubiertos de paja, siempre que tengan la suerte de encontrar paja en las calles alrededor del mercado. Díganme, señores y señoras, ¿acaso la paja les recuerda algo? A mí me recuerda a otra Criaturita, envuelta en rudos pañales, que durmió sobre paja en un pesebre porque no había pieza en la posada. Y pensando en esto, ya no cabe duda de que estos no son muchachos buenos. De hecho, son algo más que meros muchachos buenos. Por la generosidad de sus corazones, por la dulzura de su espíritu, por el coraje de su voluntad, son realmente Tres Jóvenes Reyes”.

Delante del pizarrón, con los brazos pegados a sus costados, Eduardo susurró a través de labios apretados hacia el gordito Lázaro: “Ríete una solita vez, y te advierto que será tu última risita”.

En la clase no se oyó nada. Hasta que la mamá de Ramoncito se puso a llorar, y el papá de Lázaro estalló en risa.

Padre Miguel levantó la mano.

“Ahora”, dijo, “tengan la bondad de acompañarme hasta mi casa al lado, que allí me espera una delegación del mercado. Están deseosos de darles las gracias a ustedes por su simpatía y su amabilidad, con las cuales quedaron muy impresionados. También quieren saber quienes eran los Tres Nobles Reyes, para besarles las manos”.

Para más e-libros gratis y artículos nuevos, visite
<http://www.plough.com>.